



Capítulo V

EL NACIMIENTO DEL PODER DORADO

“El desarrollo psicológico no puede llevarse a cabo únicamente a través de la intención y la voluntad, sino que precisa del símbolo atractivo, cuyo cuanto de valor supera al de la causa. La formación del símbolo tampoco puede tener lugar antes de que el alma no se haya demorado el tiempo suficiente en los hechos elementales, es decir, hasta que la necesidad interna o externa del proceso vital provoque una transformación de la energía”

—Carl Gustav Jung, «Sobre la energética del alma», en La dinámica de lo inconsciente (OC 8, § 47)

Los Trovadores de Terranova

En aquellos días comenzó a consolidarse un espacio que terminaría transformando ampliamente la vida de Terranova.

Como consejera del territorio, reuní a doce niñas y niños provenientes de los tres refugios para encontrarnos periódicamente en una asamblea propia. La convocatoria congregaba a quienes, por distintas razones, venían requiriendo un acompañamiento más cercano desde la psicología debido a sus maneras de relacionarse con otras personas, consigo mismos o con el conocimiento. Cada uno de ellos habitaba Terranova desde una sensibilidad

singular, y esa singularidad pedía un tiempo distinto para desplegarse, una escucha más cuidadosa y una conversación capaz de reconocer la potencia que podía estar escondida detrás de aquello que, en otros escenarios, solía ser nombrado como dificultad.

Con el paso de las semanas comenzamos a llamarlos Los Trovadores de Terranova. El nombre surgió porque, al igual que los antiguos trovadores, recorrían el territorio llevando de un refugio a otro las preguntas que iban naciendo en la travesía. En sus recorridos circulaban indicios, conjeturas, intuiciones y fragmentos de sentido que encontraban nuevas formas cada vez que atravesaban otras voces. Una hipótesis podía nacer en uno de los refugios, enriquecerse durante la asamblea y regresar días después transformada por nuevas observaciones y relaciones inesperadas. El pensamiento adquiría así un carácter colectivo; dejaba de alojarse en una sola mirada para convertirse en una trama viva cuya fuerza provenía precisamente del movimiento entre perspectivas diferentes.

Fue en ese ir y venir donde las palabras de las niñas y los niños comenzaron a adquirir estatuto de pensamiento. Cada conversación ampliaba el mundo común porque permitía que una experiencia individual encontrara resonancia en la experiencia de otras personas. Hannah Arendt (1958) sostiene que el mundo común existe cuando las personas comparecen unas ante otras, ponen en circulación sus perspectivas y participan en la construcción de una realidad compartida. Pienso que eso ocurría en Terranova: las asambleas de Los Trovadores ofrecían un tiempo para que los acontecimientos dejaran de pertenecer a quien los había vivido y pasaran a formar parte de una matriz colectiva capaz de descubrir relaciones que ninguna mirada aislada habría alcanzado a construir.

La potencia de aquel dispositivo residía también en quienes lo sostenían. Las niñas y los niños convocados ocupaban posiciones particulares dentro de la comunidad. Algunas veces sus formas de aprender, vincularse, hablar, moverse o responder a las situaciones cotidianas habían sido leídas desde la falta, la desregulación, la timidez, la impulsividad, la distracción o la dificultad

para participar de los modos esperados. La pregunta dejó de dirigirse hacia aquello que “debían corregir para parecerse al resto” y empezó a orientarse hacia aquello que podían manifestar, gracias a su manera singular de estar en el mundo. Ese desplazamiento es clínicamente decisivo, porque modifica el lugar desde el cual una niña o un niño puede reconocerse y ser reconocido por los demás.

Winnicott (1971) permite comprender la importancia de este cambio al mostrar que el gesto espontáneo necesita un ambiente capaz de recibirlo y sostenerlo, permitiéndole desplegar su vitalidad antes de quedar subordinado a las demandas de adaptación. Cuando el entorno reconoce ese gesto como algo valioso, la subjetividad encuentra condiciones para expresarse de manera más viva y creadora. Algo semejante ocurría con Los Trovadores, sus asociaciones inesperadas, sus preguntas insistentes, sus silencios atentos, sus rodeos y sus maneras particulares de conectar acontecimientos encontraban un lugar donde podían ser escuchados como aportes y no únicamente como señales de una dificultad. El encuadre clínico-pedagógico permitía que aquello que antes podía aparecer como desajuste, se transformara en una forma legítima de participación. En este sentido, Boris Cyrulnik (2003) ha mostrado que una vida puede reorganizarse cuando encuentra relatos diferentes desde los cuales reconocerse. En Terranova, aquellas niñas y aquellos niños comenzaban a habitar otro relato sobre sí mismos. Ya no eran únicamente quienes necesitaban seguimiento, quienes requerían apoyo o quienes demandaban una mirada especial; ahora empezaban a ser quienes podían enlazar indicios, abrir preguntas inesperadas, recordar detalles que otras personas habían olvidado o percibir relaciones que el grupo todavía no alcanzaba a formular. La investigación transformaba el misterio, y al mismo tiempo la posición subjetiva de quienes participaban en ella, dado que la comunidad dejaba de mirarlos sólo desde aquello que parecía faltar y empezaba a reconocerles desde aquello que podían aportar.

Leer a bell hooks (2021) me ofreció otra clave para comprender lo que estaba ocurriendo en Terranova. Su propuesta de pensar la educación como una

práctica de libertad, encontraba allí una expresión concreta, pues el conocimiento emergía del encuentro entre múltiples voces que asumían la responsabilidad de comprender el mundo en común. Los Trovadores ocupaban un lugar decisivo dentro de esa trama al ofrecer perspectivas, asociaciones y preguntas que ampliaban la investigación compartida. Cada conversación revelaba que sus maneras singulares de percibir y de pensar enriquecían el horizonte de comprensión de toda la comunidad; la atención comenzó entonces a orientarse hacia las posibilidades que cada niña y cada niño abría con su presencia, hasta que la diferencia adquirió el estatuto de una fuente de conocimiento y la singularidad encontró reconocimiento como una fuerza capaz de ensanchar el mundo común. La subjetividad y el pensamiento crecían en un mismo movimiento, pues cada voz encontraba un lugar desde el cual contribuir a la creación de una realidad compartida.

También Paulo Freire (1970) acompaña esta comprensión al proponer que la educación acontece cuando las personas construyen saberes entre sí, mediadas por el mundo que buscan comprender. Esa intuición encontraba una expresión viva en Los Trovadores: sus encuentros reunían a las niñas y los niños alrededor de los acontecimientos que atravesaban Terranova para leer sus huellas, interpretar sus señales, nombrar las tensiones que emergían en la travesía y elaborar una palabra propia acerca de aquello que les conmovía. Cada asamblea ampliaba la capacidad de la comunidad para pensar su propia experiencia, de manera que el conocimiento nacía del diálogo, de la escucha y de la búsqueda compartida de sentido.

La clínica me había enseñado desde hacía años que todo síntoma, toda dificultad y toda forma singular de relación con el mundo guarda una versión de la verdad que merece ser escuchada. Terranova permitió trasladar esa intuición al territorio pedagógico porque Los Trovadores pensaban desde lugares que muchas veces quedaban en los bordes de la vida cotidiana del grupo, y justamente por eso veían aspectos que el centro pasaba por alto. Las posiciones periféricas suelen producir una mirada distinta; al observar desde otro ángulo perciben fisuras, captan intensidades y advierten relaciones que las posiciones más adaptadas pueden naturalizar. Lo que había sido leído como fragilidad comenzaba a revelar una potencia interpretativa.

HABITAR EL MISTERIO

De esta manera Los Trovadores hicieron visible un principio que atraviesa tanto a la clínica como a la educación: que cada manera singular de habitar el mundo constituye una posibilidad de conocimiento para la comunidad cuando encuentra un espacio de reconocimiento, donde puede desplegarse al expresar una sensibilidad, una forma particular de construir sentido y una posibilidad de creación que merece ser acogida antes de extender todo su potencial. Pienso la clínica como el arte de crear esas condiciones de hospitalidad para la experiencia, un territorio donde cada subjetividad encuentra el lenguaje que le permite desplegar su potencia creadora y ofrecer a la comunidad aquello que sólo ella puede develar.

La comunidad comenzó a reconocer en aquellas niñas y niños una forma singular de ampliar la investigación compartida. Sus maneras de aprender, formular preguntas, establecer relaciones entre imágenes, demorarse en ciertos acontecimientos o advertir detalles que otras miradas dejaban pasar, enriquecían la comprensión del misterio que atravesaba Terranova. Cada sensibilidad aportaba una perspectiva irrepetible y cada perspectiva ensanchaba el horizonte de sentido del territorio. La singularidad adquiría el valor de una contribución para la vida colectiva, mostrando que una comunidad comprende con mayor profundidad cuando ofrece un lugar donde las múltiples formas de percibir, pensar y crear pueden encontrarse y dialogar.

Los encuentros de Los Trovadores fueron convirtiéndose, poco a poco, en uno de los lugares donde Terranova elaboraba las preguntas que todavía no encontraban respuesta. Allí las hipótesis permanecían abiertas el tiempo suficiente para encontrarse unas con otras, las imágenes adquirían nuevos significados al circular entre distintas voces y los acontecimientos dispersos comenzaban a organizarse en una trama cada vez más amplia. El pensamiento colectivo encontraba un ritmo propio, alimentado por la confianza de que el misterio siempre revela nuevos matices cuando muchas miradas aceptan demorarse junto a él. Fue justo en ese espacio donde comenzó a gestarse una de las imágenes más fecundas de toda la travesía.

Entre conversaciones, intuiciones y asociaciones inesperadas, la Semilla Dorada empezó lentamente a transformarse en el símbolo que reorganizaría la vida de Terranova.

La Semilla Dorada

Tres semillas doradas ocupaban el centro de la mesa mientras las niñas y los niños regresaban una y otra vez sobre las mismas preguntas. Cada intervención retomaba algo que otra persona había dicho unos minutos antes y lo llevaba un poco más lejos haciendo que las conjeturas comenzaran a enlazarse unas con otras como si buscaran una figura capaz de reunir las.

Antonio señalaba que los personajes de los cuentos poseían una magia que los Hombres Grises jamás podrían producir por sí mismos. Sofía imaginaba que esa magia podía ser utilizada para controlar el mundo. Natalia insistía en que la Semilla Dorada guardaba un poder diferente porque la oscuridad jamás lograba apropiarse de aquello que nacía de la luz. La conversación dejó de girar alrededor de objetos aislados y las semillas, los personajes, la Fantasía, los Hombres Grises y la desaparición de los habitantes de la isla comenzaban a organizarse dentro de una misma historia.

Entonces Antonio formuló una relación que hasta ese momento nadie había expresado con esas palabras. Dijo que si el poder de los seres de los cuentos llegaba a unirse con el poder de la Semilla Dorada, aparecería una fuerza que los Hombres Grises jamás podrían controlar. Le pregunté cómo se llamaría ese poder y respondió con una seguridad que parecía surgir de la propia conversación más que de una ocurrencia individual.

—¡El Poder Dorado!

Natalia guardó silencio unos segundos antes de añadir suavemente:

—¿De la amistad?

Antonio sonrió y completó la imagen.

—¡Que ahuyenta la oscuridad!

Cada vez que vuelvo a esa escena me impresiona el proceso que hizo posible la expresión Poder Dorado . Ninguna persona había llegado a la reunión con esas palabras preparadas de antemano, ni surgieron como una respuesta ingeniosa pronunciada por una sola voz. La conversación había reunido durante semanas emociones, acontecimientos, lecturas, expediciones, indicios, pérdidas, esperanzas y preguntas hasta que, casi de manera inevitable, apareció una imagen capaz de contenerlas a todas. El símbolo no fue inventado, este fue gestándose lentamente en el espacio compartido que Los Trovadores habían construido para pensar.

Jung (1964) comprende el símbolo como una imagen capaz de reunir significados cuya riqueza continúa desplegándose a medida que la experiencia encuentra nuevas formas de habitarlos. El Poder Dorado comenzaba a ocupar ese lugar en Terranova al congregarse, en una misma imagen, la amistad, la imaginación, el cuidado, la creación, la esperanza y la fuerza que sostenía la vida del territorio .

Eliade (1963) observó, a su vez, que los grandes símbolos condensan la experiencia de una comunidad y ofrecen un horizonte compartido desde el cual una cultura organiza su comprensión del mundo. La Semilla Dorada adquiriría precisamente esa potencia al convertirse en el centro simbólico alrededor del cual las esculturas de San Agustín, la Isla de la Fantasía, los Hombres Grises, los cuentos, las expediciones y las conversaciones de Los Trovadores comenzaban a entrelazarse en una misma trama de sentido. Las niñas y los niños encontraban allí una imagen capaz de albergar las preguntas que habían acompañado toda la travesía y que, desde tiempos remotos, siguen orientando la experiencia humana: ¿Qué sostiene la vida? ¿Qué merece ser cuidado? ¿Qué fuerzas favorecen el florecimiento de un mundo compartido? La Semilla Dorada reunía esas preguntas en un mismo símbolo y ofrecía a la comunidad un lenguaje para continuar habitándolas.

El reconocimiento del Poder Dorado transformó también la manera en que las exploradoras y los exploradores comenzaron a mirar la propia travesía.

HABITAR EL MISTERIO

Las conversaciones dejaron de concentrarse únicamente en el origen de la Semilla Dorada para orientarse hacia otra pregunta que poco a poco adquiría mayor profundidad. Si aquella fuerza era capaz de sostener la Fantasía, ¿dónde habitaba realmente ese poder?

Las respuestas comenzaron a desplazarse lentamente. Al principio parecía encontrarse únicamente en la semilla pero poco después algunas niñas y algunos niños señalaron que los personajes de los cuentos también poseían una magia semejante. Sebastián insistía en que los Hombres Grises perseguían tanto a los personajes como a la Semilla Dorada porque solamente la unión de ambos podía dar origen al Poder Dorado. Sofía imaginaba que esa fuerza creadora era precisamente aquello que los Hombres Grises necesitaban para controlar el mundo. Cada nueva conversación ampliaba el alcance del símbolo y permitía descubrir relaciones que antes permanecían invisibles.

Para entonces, las exploradoras y los exploradores se acercaban al final de la lectura de Momo, de Michael Ende (1973), una travesía que habían recorrido junto a sus guías exploradoras mientras, casi sin advertirlo, la historia de la niña que enfrentaba a los Hombres Grises comenzaba a entrelazarse con la propia historia de Terranova. Los personajes del libro ya no permanecían únicamente en sus páginas; circulaban por las conversaciones, iluminaban nuevas preguntas y ofrecían imágenes para comprender los acontecimientos que la comunidad estaba viviendo. Aquella experiencia permitía reconocer una dimensión formativa de la literatura; cada relato que llega a nuestra vida se encuentra con otros relatos que ya habitan la memoria, la imaginación y la experiencia. Ninguna historia permanece aislada, todas entran en conversación, se modifican mutuamente y participan en la creación de nuevas formas de comprender el mundo. La intertextualidad deja entonces de ser únicamente un fenómeno literario para convertirse en un proceso de constitución subjetiva dado que las historias también se leen entre sí dentro de quienes las habitan.

Eso estaba ocurriendo en Terranova. Momo entraba en conversación con la Isla de la Fantasía; las esculturas de San Agustín encontraban resonancia en

los cuentos de hadas; las semillas resguardadas durante siglos en el interior de las estatuas continuaban su historia al germinar entre las manos de las exploradoras y los exploradores; las preguntas nacidas en la lectura se entrelazaban con las conversaciones de los refugios y con los relatos que cada familia aportaba desde su propia memoria. Poco a poco iba conformándose un tejido simbólico donde las imágenes se enriquecían mutuamente y cada nueva relación ampliaba la comprensión de las demás. La experiencia mostraba que la vida psíquica encuentra uno de sus alimentos más fecundos en la conversación entre relatos, símbolos y memorias, pues cada encuentro abre nuevas posibilidades para comprender el mundo y participar en su creación.

Pienso que ese tejido constituye uno de los alimentos más fecundos de la vida psíquica. La subjetividad crece al entrar en contacto con un repertorio cada vez más amplio de imágenes, relatos, símbolos y metáforas que ofrecen nuevas posibilidades para sentir, nombrar e interpretar la experiencia. Cada historia amplía el horizonte desde el cual comprendemos el amor, la pérdida, la amistad, el miedo, el cuidado, la esperanza y el nacimiento de nuevos mundos posibles. Cuando esos relatos encuentran una comunidad que los conversa, los recrea y los pone en relación con su propia experiencia, la imaginación despliega su potencia creadora y la vida psíquica encuentra nuevos caminos para producir sentido. Las culturas han transmitido de generación en generación sus mitos, sus cuentos, sus obras de arte y sus relatos fundacionales porque reconocen en ellos una fuente inagotable de alimento simbólico. Gracias a esas imágenes cada generación amplía la comprensión de sí misma, del mundo que recibe y de los mundos que puede llegar a crear.

La herencia de la Fantasía

La aparición del Poder Dorado transformó de manera pródiga la relación que las exploradoras y los exploradores mantenían con la Semilla Dorada. Durante meses la habían observado, protegido e interpretado intentando comprender el misterio que guardaba en su interior. Ahora comenzaba a

abrirse una pregunta distinta que desplazaba el centro de la investigación, si aquella pequeña semilla concentraba una fuerza capaz de sostener la Fantasía, la amistad y la creación, su presencia reclamaba una forma de cuidado que estuviera a la altura de aquello que representaba; el símbolo convocaba una responsabilidad y la comunidad comenzó a buscar la manera de responder a ella.

Las conversaciones de Los Trovadores fueron dando espesor a una comprensión compartida, y la Semilla Dorada adquiría cada vez más claramente el carácter de un legado que los personajes de la Isla de la Fantasía habían confiado a Terranova antes de desaparecer. Esa intuición encontraba nuevas resonancias en cada encuentro y reunía a la comunidad alrededor de una misma responsabilidad. Durante semanas las exploradoras y los exploradores habían observado la semilla, la habían protegido y habían intentado descifrar el misterio que custodiaba y poco a poco comprendieron que cuidar aquel tesoro significaba ofrecerle las condiciones para continuar su historia. Si la Semilla Dorada albergaba una fuerza capaz de sostener la Fantasía, la amistad y la creación, su destino invitaba a buscar un territorio fértil donde esa potencia pudiera echar raíces y desplegar una nueva forma de vida.

La comunidad acogió la decisión de sembrar la Semilla Dorada y acordamos realizar la siembra durante la celebración de la Pascua. La elección de esa fecha surgió con una naturalidad que armonizaba con el momento que atravesaba Terranova, pues toda la travesía había ido reuniendo imágenes de transformación, esperanza y renacimiento alrededor de aquella pequeña semilla. Durante los días que precedieron a la siembra, las exploradoras y los exploradores continuaron pasándola de unas manos a otras con especial cuidado. Cada encuentro renovaba el asombro y fortalecía el vínculo con aquel legado que había permanecido resguardado por tanto tiempo en el interior de las estatuas y que ahora aguardaba el instante propicio para comenzar una nueva historia entre ellas y ellos.

Cuando llegó el día señalado, las niñas y los niños prepararon una pequeña porción de tierra mágica para recibirla. Mezclaron el suelo con escarchas

doradas, verdes, azules y violetas porque intuían que una semilla tan extraordinaria merecía un territorio capaz de acoger toda la fuerza que albergaba en su interior. Luego abrieron un pequeño espacio en aquella tierra luminosa y depositaron allí el tesoro que durante casi cinco meses había orientado sus preguntas. Las manos cubrieron lentamente el lugar de la siembra y la plazoleta entera permaneció en un silencio lleno de expectación, contemplando aquel diminuto montículo brillante donde comenzaba a germinar, junto con una planta todavía invisible, la historia que la comunidad había decidido continuar.

Fue entonces cuando Sebastián, uno de los Trovadores dio unos pasos hacia adelante y, con la emoción todavía dibujada en el rostro, dijo:

- ¡Siento el Poder Dorado! ¡Los personajes de la Isla de la Fantasía deben regresar para que se expanda!

Sus palabras encontraron inmediatamente eco en Sofía, quien corrió hacia el rincón donde descansaban las capas, las coronas, las alas, los sombreros y los pequeños objetos que durante tantos meses habían acompañado la travesía. Muy pronto otras niñas y otros niños siguieron el mismo impulso y la invitación al juego comenzó a expandirse por la plazoleta como si hubiese estado esperando ese instante para manifestarse.

Cada exploradora y cada explorador eligió el personaje con el que deseaba encontrarse. Algunas se involucraron en las capas de las heroínas que habían protegido los bosques; otros recuperaron la sabiduría de los viejos magos, la nobleza de los gigantes bondadosos, la astucia de quienes siempre encontraban caminos inesperados o la ternura de aquellos personajes capaces de reconocer la fragilidad de otras personas y ofrecerles refugio. Las elecciones surgían de una afinidad silenciosa entre la historia de cada niña y de cada niño y las cualidades que aquellos personajes habían encarnado durante la travesía.

De nuevo, la plazoleta dejó de estar habitada solamente por exploradoras y exploradores, para darle espacio a los antiguos habitantes de la Isla de la

HABITAR EL MISTERIO

Fantasía que regresaban a través de nuevos cuerpos, nuevas voces y nuevas maneras de caminar el territorio. La desaparición que había dado origen a toda la aventura encontraba una respuesta intensamente simbólica, los personajes permanecían vivos porque otras niñas y otros niños aceptaban continuar su legado, mientras la Semilla Dorada comenzaba a echar raíces bajo aquella tierra brillante, y también la amistad, la imaginación, el cuidado y la creación encontraban un nuevo lugar donde seguir floreciendo. Las historias dejaban de ser un recuerdo para convertirse nuevamente en presencia. La desaparición de los personajes encontraba así una respuesta inesperada porque la Fantasía continuaba viviendo allí donde alguien aceptaba recibir su legado y prolongarlo con su propia existencia.

Aquel momento revelaba una de las potencias más profundas del juego simbólico: las niñas y los niños no estaban interpretando un papel para representar una historia conocida. Al habitar aquellos personajes, permitían que sus valores, sus gestos y sus formas de cuidar el mundo encontraran continuidad en el presente. Winnicott (1971) señaló que el juego constituye uno de los espacios privilegiados donde las personas crean cultura, porque allí ensayan modos de existencia que poco a poco comienzan a incorporarse a la propia vida. En Terranova esa afirmación adquiría una forma visible porque la amistad, la valentía, la imaginación, la generosidad y el cuidado dejaban de pertenecer exclusivamente a los personajes de los cuentos para convertirse en posibilidades que las niñas y los niños comenzaban a reconocer también en sí mismos.

La siembra de esa mañana se convirtió en una promesa compartida. Por fin la Fantasía encontraba nuevas guardianas y nuevos guardianes, mientras las exploradoras y los exploradores aceptaban la responsabilidad de cuidar un legado que ya no pertenecía únicamente a los cuentos, sino también a la historia que estaban escribiendo juntas y juntos. Eliade (1963) también mostró que los símbolos permanecen vivos cuando una comunidad continúa actualizándolos mediante sus ritos, sus relatos y sus formas de habitar el mundo. Pienso que eso era precisamente lo que estaba ocurriendo en aquella plazoleta: la Semilla Dorada encontraba una nueva tierra donde echar raíces

y, al mismo tiempo, el Poder Dorado comenzaba a germinar en la experiencia de quienes habían decidido continuar la obra de los antiguos habitantes de la Isla de la Fantasía. La imaginación dejaba de ser únicamente una forma de comprender el mundo para convertirse en una manera de cuidarlo, de heredarlo y de recrearlo cada vez que una nueva generación aceptaba hacerlo florecer nuevamente.

Las niñas y los niños al encarnar a los personajes de los cuentos, permitían que las historias continuaran desplegándose en el presente; la imaginación adquiría entonces una densidad ética, pues cada personaje ofrecía una manera particular de responder al mundo, de proteger la vida, de enfrentar el miedo, de acompañar a otros o de sostener la esperanza; la herencia de la Fantasía encontraba nuevas manos capaces de recibirla y nuevas voces dispuestas a prolongarla.

Después de presenciar semejante despliegue de experiencia infantil, el equipo de profesionales decidió continuar la historia siguiendo la dirección que las niñas y los niños habían abierto con su imaginación. La Semilla Dorada dejó de pertenecer únicamente al territorio del juego para convertirse también en una responsabilidad compartida por quienes acompañábamos la travesía. Nos propusimos cuidar su germinación con la misma seriedad con la que las exploradoras y los exploradores habían cuidado las estatuas, las huellas y los personajes de la Isla de la Fantasía. Aquella decisión expresaba una convicción que había ido madurando silenciosamente durante todo el proceso. Educar también consiste en dejarse orientar por las imágenes que la infancia es capaz de crear cuando encuentra un mundo dispuesto a escucharlas.

Los meses siguientes prolongaron aquella obra colectiva: la planta comenzó lentamente a abrirse paso entre la tierra y, conforme crecía, también lo hacía la historia que la comunidad había tejido alrededor de ella.

Un día apareció entre sus ramas el primer objeto perteneciente a los cuentos de hadas: un espejo mágico. Más tarde llegaron otros: varitas, manzanas

hechizadas, botas. Cada nuevo hallazgo parecía confirmar la intuición que las niñas y los niños habían sostenido desde el comienzo: que la planta conservaba la memoria de los antiguos habitantes de la Isla de la Fantasía y ofrecía a Terranova nuevas formas de encontrarse con ellos.

Las conversaciones de Los Trovadores encontraron una comprensión todavía más amplia: lo que iba germinando en la planta custodiaba las historias de los personajes y, junto con ellas, el legado que ahora pertenecía a toda la comunidad. Cuidar la Fantasía significaba preservar aquellas fuerzas que hacían posible la creación, la amistad, el amor, el juego y la capacidad de seguir imaginando mundos donde la vida pudiera continuar floreciendo. La Semilla Dorada había echado raíces en la tierra y, al mismo tiempo, el Poder Dorado comenzaba a echarlas en la experiencia compartida de niñas, niños y adultos que aceptábamos la tarea de mantener viva aquella historia. Esa actualización constante era precisamente lo que la Semilla Dorada estaba viviendo en Terranova: ya no pertenecía únicamente a los personajes de los cuentos ni a las antiguas estatuas de San Agustín; había echado raíces en el territorio y comenzaba también a hacerlo en la experiencia de quienes aceptaban custodiar su legado.

Las semillas contienen una promesa que sólo puede desplegarse cuando encuentran tiempo, cuidado, confianza y una comunidad dispuesta a acompañar su crecimiento. Algo semejante ocurre con la infancia y con la imaginación, ambas necesitan un territorio donde sus posibilidades puedan echar raíces antes de manifestarse plenamente. La Semilla Dorada terminó ocupando un lugar relevante en Terranova porque permitió hacer visible esa profunda afinidad entre los procesos de la naturaleza y los procesos de constitución subjetiva. Alrededor de ella, niñas, niños y adultos aprendimos que cuidar consiste en crear las condiciones para que aquello que alberga una potencia de vida encuentre la oportunidad de desplegarse. La imaginación echó raíces junto a la planta y comenzó a florecer como una forma compartida de comprender el mundo, de sostener la esperanza y de participar activamente en su permanente creación.

La experiencia de Terranova permitió reconocer que la imaginación ocupa un lugar decisivo en la vida psíquica y comunitaria porque abre un horizonte donde la existencia ensaya nuevas formas de habitar el mundo. Gracias a ella una comunidad anticipa posibilidades, reúne imágenes capaces de orientar sus acciones y crea símbolos que sostienen el sentido compartido de su experiencia. Cada generación recibe ese patrimonio simbólico como una herencia viva y participa, a su vez, en la tarea de recrearlo para quienes llegarán después.

Las semillas y los símbolos comparten esa misma condición. Ambos albergan una potencia que madura en el tiempo, encuentra su fuerza en los vínculos y despliega su fecundidad cuando una comunidad decide hacerse responsable de su cuidado. La Semilla Dorada hizo visible esa verdad con una claridad conmovedora; al sembrarla, las exploradoras y los exploradores comprendieron que la imaginación constituye una fuerza creadora de realidad porque permite reconocer aquello que busca una forma para manifestarse, ofrecerle un territorio donde crecer y acompañar su llegada al mundo. Toda comunidad termina pareciéndose a las imágenes que cultiva, porque en ellas deposita la comprensión de la vida que desea preservar y el mundo que decide hacer florecer.

La primavera

Una nueva carta descendió desde el Árbol de la Sabiduría. Esta vez el Ser Misterioso anunciaba que, con la llegada de la primavera, visitaría Terranova. La noticia despertó una alegría que recorrió rápidamente los refugios. Durante meses habíamos conversado con aquella presencia invisible que orientaba nuestras expediciones, alentaba nuestras búsquedas y confiaba en la capacidad de las niñas y los niños para sostener el misterio. Por fin la promesa de un encuentro adquiriría la forma de un rostro. Las exploradoras y los exploradores comenzaron los preparativos con el mismo entusiasmo que había acompañado toda la travesía. Propusieron compartir algunos alimentos, escribieron poemas y prepararon un recibimiento donde las palabras hablaran del florecimiento, del vuelo de las mariposas, del canto de

los pájaros y de la alegría que produce la primavera cuando anuncia nuevos comienzos. Cada gesto expresaba el deseo de agradecer a quien había acompañado el camino con sus cartas y había confiado, desde el primer día, en la fuerza creadora de la comunidad.

Cuando llegó el día esperado el sonido de unos tambores nos guió de nuevo a la plazoleta del preescolar. Allí nos esperaba una anciana rodeada por centenares de margaritas blancas, tan luminosas que parecían recoger toda la claridad de la mañana. Su presencia irradiaba serenidad. Ella observó con atención el territorio, recorrió los refugios, contempló la planta nacida de la Semilla Dorada y saludó con afecto a cada niña, a cada niño y a las personas adultas que compartíamos aquel momento.

Cuando toda la comunidad estuvo reunida tomó la palabra, sonrió con la sencillez de quien llega a un lugar largamente esperado, y dijo que había llegado el momento de dejar atrás el nombre con el que la habíamos conocido durante toda la travesía.

—Mi nombre es Ayerlén.

La emoción recorrió Terranova. Por fin el Ser Misterioso adquiriría un nombre, un rostro y una voz. Las cartas revelaban a su remitente y la historia encontraba una nueva capa de sentido. Durante todos aquellos meses habíamos dialogado con alguien que eligió permanecer en el misterio para que la comunidad encontrara, en sus propias preguntas, la fuerza necesaria para construir conocimiento, cuidar la vida del territorio y crear los símbolos que orientaron la travesía. Pero ahora, Ayerlén compartió antiguos relatos, conjuros y enseñanzas acerca de los Hombres Grises. Habló de la manera como intentaban apagar la imaginación, volver gris el tiempo y empobrecer la capacidad humana de asombro. Escuchó los hallazgos de los exploradores y las exploradoras y en sintonía con lo que le decían, les confirmó que la Fantasía florece allí donde las personas conservan el deseo de jugar, crear, narrar historias y cuidar unas de otras; los niños y las niñas se abrazaban entre ellas y ellos con rostros llenos de sonrisas y ojos muy abiertos.

HABITAR EL MISTERIO

Después de compartir ese tiempo de jolgorio y celebración, Ayerlén nos confió una nueva misión. Entregó a cada refugio un ramo de las hermosas margaritas blancas que había traído y explicó que aquellas flores esperaban recibir los colores de la primavera. Nos invitó a descubrir la manera de llenar sus pétalos con los tonos de la vida para que cada margarita pudiera convertirse en un recordatorio de la Fantasía y del compromiso que habíamos asumido para seguir cuidándola allí donde encontrara un lugar para florecer.

Como era de esperarse, la propuesta acompañó las conversaciones de los días siguientes. Las exploradoras y los exploradores recuperaron los aprendizajes contruidos en el laboratorio de ciencias, revisaron sus bitácoras, formularon nuevas hipótesis y comenzaron a experimentar con tinturas vegetales y polvos mágicos hasta descubrir cómo los tallos absorbían lentamente el color y lo distribuían por cada uno de los pétalos. El experimento despertó un nuevo asombro porque la primavera dejaba de aparecer solamente como una estación del año para convertirse en una fuerza capaz de transformar aquello que encontraba a su paso.

Ayerlén continuó su camino poco después de aquella visita, dejando tras de sí mucho más que una misión cumplida. Su presencia había reunido las cartas, las semillas, la planta florecida y la comunidad en una misma historia. El Ser Misterioso tenía ahora un nombre, un rostro y una voz, mientras Terranova descubría que la Fantasía encontraba su mayor fuerza cuando cada generación aceptaba la responsabilidad de seguir sembrándola en el mundo. Ella pertenecía a ese linaje de mujeres que han dedicado su vida a custodiar la imaginación, era una de nuestras maestras de juego en contextos de formación en clínica, una mujer que continuaba compartiendo con niñas, niños y personas adultas la fuerza creadora de los relatos, la riqueza de las tradiciones orales, la risa, la celebración y los universos simbólicos que el juego mantiene vivos de generación en generación. Su presencia recordaba que la Fantasía encuentra un lugar donde permanecer cada vez que una comunidad cuenta con personas dispuestas a transmitirla, cuidarla y recrearla

HABITAR EL MISTERIO

junto a otras y otros. Toda comunidad necesita sus propias Ayerlenes, guardianas de las historias, de los rituales y de las imágenes que alimentan la vida colectiva y que permiten que la imaginación continúe encontrando nuevos territorios donde florecer.